

DE LA AUTORA DE LA «SAGA VANIR», «AMOS Y MAZMORRAS» Y «EL DIVÁN DE BECCA»

LENA VALENTI

A

No llores por los muertos que han amado.

FLOR

Llora por los vivos que temen al amor.

DE PIEL

LA MEDIADORA, 2



En poco tiempo me han pasado muchas cosas. He abrazado el don, me he enamorado, me han roto el corazón, me han agredido y he ayudado a solucionar un caso de Trata. No es fácil para mí recomponerme de los golpes ni de la pérdida más irreparable de todas. Sé que el Inspector Ezequiel se va a esforzar en recuperar mi confianza y aceptar mi mundo. Un mundo que también ve Ariel, su hija. Pero necesito tiempo y espacio, para volver a abrirme a todo lo que siento, sin miedo a que me vuelvan a herir. Mientras tanto, mientras me recompongo, la vida sigue en Besalú y la Muerte no descansa. Algo muy oscuro está a punto de venir. Me llamo Ada. Ada sin hache. Y soy mediadora. Esta es mi historia.

No lloremos porque se fueron. Celebremos que los vivimos
y los conocimos.

1

La Muerte está tan segura de ganar, que
te da una vida de ventaja.

24 de junio. San Juan

Tengo una resaca que me muero. Y, aun así, estoy tumbada en mi cama, con este dolor de cabeza insoportable y con una crisis personal y existencial bastante importante.

¿No habéis sentido nunca la necesidad de retroceder en el tiempo, a ese momento exacto en el que os rompieron el corazón, solo porque deseáis que se hubieran portado de otra forma con vosotros? Porque en el fondo, todos esperamos una rectificación en el pasado, para que eso que nos hiere en el presente nos duela menos.

Pero nos duele. Nos lacera y nos encoge igualmente.

Así me siento yo ahora. Miedosa y encogida. Herida, pero viva.

En estas últimas semanas, he vivido muchas cosas en poco tiempo, y todas han tenido una carga emocional gigantesca en mí. Me han cambiado. Como me cambió lo que me pasó hace cinco años, cuando mis padres y mi hermana mayor murieron en el accidente de tráfico del que yo fui la única superviviente. Entonces, mi corazón se vació. Y, durante los años siguientes, procuré llenarlo de otras experiencias. Lo empapé del amor de mi etérea

abuela Ifigenia, de sus canciones al rosal, de esa casa mágica en la Plaza Mayor en la que vivo.

Atiborré a mi corazón de los besos en forma de lengüetazos de Bicho, lo calmé con sus paseos, lo llené de las risas con mi mejor amiga Bea y, de algún modo, lo entretuve con las historias de los pacientes que pasaban por mi consulta con sus inseparables caminantes. Cuando, de la noche a la mañana, pierdes lo que más quieres, intentas sedar a tu corazón revuelto como mejor puedes. Yo lo asenté con la verdad que hoy por hoy sé: que la muerte no es el final. Y os lo digo yo, que he estado en coma, ahora dos veces, y que veo muertos.

Creía estar más o menos recuperada de lo de hace cinco años, o todo lo que una puede creer recuperarse de saber que te han arrancado las raíces a esta tierra y que has tenido que dejar crecer unas nuevas, con otros pilares y otros dogmas.

Hasta que conocí a Eric y a su caminante, y todo adoptó otra velocidad y otras formas. Decidí ayudarle y asumir el papel de mediadora que me había legado mi abuela, y no me fue fácil, porque tuve que preparar algunos ardidés para que él no sospechara de que lo que yo estaba descubriendo lo sabía por los muertos.

Eric no venía solo. A su lado estaba Ariel, el bollito adorable a quien me siento conectada ya para toda la vida. Porque su padre es un destroza corazones, pero ella es una ladrona de almas, y tiene la mía para que haga con ella lo que quiera. Bollito es como yo. También ve caminantes. Su capacidad me tomó por sorpresa, a mí, y también a su padre, que no supo encajar la verdad de la niña en su mundo de leyes y formas tangibles. Y ese fue el primer descalabro: descubrir que Ariel veía lo que yo, y que Eric no tenía ni idea ni tampoco quería creerlo. Pensé que, cuando se lo dijera, que cuando le explicase que Ariel era especial pero que no tenía que temer porque yo la ayudaría, él reaccionaría bien, pero resultó que se enteró por

boca de la hija de Anabel, y me lo lanzó a la cara como una bomba. A eso se le añadió que me agredieron, que después Eric quiso llevarme presa por un delito que no cometí, y todo lo que nos dijimos, a raíz de eso, por mucho que fuera originado por la tensión del momento, a mí me lastimó y me dejó a la defensiva con casi todo. Porque yo me estaba enamorando de ese hombre de un modo que nunca antes experimenté. Lo estaba haciendo en bajada y sin frenos. Hasta que me di la gran hostia. Y en este momento, sé que me la he dado, pero él ha reconocido sus errores y me ha pedido perdón.

Yo le he perdonado, pero eso no va a hacer que me olvide de las cosas. Me va a costar ser tan accesible como antes y acudir a él sin escudos. No, porque han sido golpes muy seguidos. Y me estoy recuperando. Siento mucho hacia Eric. De verdad que, en poco tiempo, sé que me he enamorado. Pero, para ser sincera, voy a ir con mucho cuidado. Estoy muy asustada, porque sé cuánto daño me puede hacer él. Y no es porque él sea malo. Por Dios, no lo es. Es bueno, y un padre alucinante, y un hombre leal y honesto. Me haría daño por todo lo que me hace sentir y porque mis ilusiones siguen intactas, aunque ahora estén plagadas de reservas.

Sin embargo, no está siendo fácil.

Ayer por la noche, nos vimos en el puente medieval de Besalú en plena verbena de San Juan —que ya deberíais ver en vuestra mente ese puente a la perfección— y, ahí, entre fuegos artificiales, nos dimos un beso de esos que él da, que me dejó con el corazón levitando. Él me pidió que le diera otra oportunidad y yo le dije que sí, pero a mi ritmo, porque quiero tener el control de todo. Con él. Con mi trabajo y mi vida. Con Bollito. No soportaría que a esa niña se le hiciera daño porque nadie la creyese.

No es fácil decirle a ese hombre que no. Porque una parte de mí quiere estar con él en esta cama ahora mismo, dándole los buenos días. Pero otra parte de mí, que es la

que ganó, sé curó en salud y se protegió y prefirió que esa noche él se fuera a su casa con su hija y yo me fuera con Bea.

Sí. Me fui con Bea. Como lo leéis. Tenía al buenorro del Inspector Eric Ezequiel, con ojos llorosos pidiéndome mimos y mil perdones, y yo le dije que le perdonaba pero que se fuera a su casa. Que ya nos veríamos. Él me insistió para pasar la noche juntos.

–No tenemos que hacer nada. Solo quedarnos abrazados en tu casa y pasar la noche juntos. Tengo tantas cosas que quiero preguntarte y hay tanto por lo que me quisiera disculpar...

A mí me sobrepasaron sus ojos y su voz y todo él, y decidí que sería mejor vernos otro día. Porque aún estaba muy blanda. Y no quería estar blanda con él otra vez. Porque si cedía, solo le demostraría que podría hacerme daño otra vez, dudar de mí y ponerme en el ojo del huracán como me puso, y no tendría más consecuencias. Así que seguí la voz de mi orgullo y de mi supervivencia y le contesté:

–Voy a ir a cenar con Bea. Esta noche he hecho planes con ella. Otro día ya seguimos hablando.

A Eric la respuesta no le gustó demasiado, pero la respetó y no insistió. Sabe que no puede presionar. No debe hacerlo.

–Pero... ¿vas a querer seguir viéndome? –me preguntó angustiado. Yo estaba sentada sobre la baranda de piedra del puente. Los fuegos artificiales se alzaban a mi espalda e iluminaban el apuesto rostro de Eric.

–Te he perdonado –le aseguré acariciándole la barbilla –. Pero me has dicho que será como yo diga.

–Y así va a ser.

–Y quiero tiempo. Quiero recuperarme y sentir que puedo confiar en ti otra vez. Necesito tiempo para volver a encontrarme bien...

–¿Conmigo? –dijo muy afectado.

Yo asentí tímidamente. Me mordí el labio inferior pensando que lo que de verdad quería era que me abrazase toda la noche. Pero no voy a hacer eso sin recomponerme. Eric ha sido un vendaval, un tornado en mi vida que me ha mostrado mis propias debilidades y mis miedos. Tengo que asumirlos antes de seguir con él y con Bollito.

–Ada... –me susurró uniendo su frente a la mía–. No te voy a presionar. Entiendo todo lo que me dices. Me has dicho que esto no es un sí a todo. Es un ya veremos.

–Sí –confirmé un poco triste.

–Me parece bien. Yo no me pienso alejar. Pero, por favor –rogó muy serio–... necesito ayuda con Ariel y que me expliques las cosas que le puedan pasar y las que te han pasado y te pasan a ti... Lo estoy intentando. Intento encajar ese mundo en el mío. El vuestro –aclaró.

Yo afirmé con la cabeza.

–No voy a dejarte solo con Ariel. No la pienso dejar de lado –aclaré.

Eric se sacó un peso enorme de encima cuando le dije que no iba a dejar a la pequeña de lado solo porque él y yo tuviéramos problemas. Pero continuó mirándome de esa manera que me deja tiesa como una pegatina. Me miró de arriba abajo y dio un paso atrás para darme espacio. Aquello, el tener que alejarse de mí, pareció molestarle.

–Entonces, ya no te robo más tiempo. Dejo que te vayas a cenar con Bea. –Me dio un beso en la frente que a mí me supo a protección y a cariño, aunque yo quería y querré siempre más de él.

Bajé de la baranda con un saltito y me lo quedé mirando fijamente.

–Vale –contesté.

Eric sonrió ladinamente y por poco se me olvidó por qué tengo que marcar distancias.

–Pórtate bien esta noche. No hagas maldades.

–Yo nunca me porto mal –le contesté–. Ya lo has visto. Soy buena.

Él asumió el reproche con dignidad, porque no había nada que replicar. Y después de eso, alzó la mano y dijo:

–Me voy. Te escribiré. Pásalo bien.

–Y vosotros.

Se dio la vuelta y desapareció por el puente, entre la multitud que caminaba en contra dirección, ajena a aquella catarsis emocional bajo la que yo sucumbía y él también.

Me quedé muy rara. Como vacía. Y tenía una sensación extraña en el cuerpo, como ganas de llorar y ganas también de acostarme con Eric y no dejarlo ir, todo a la vez.

Lo sé, estoy fatal. Pero entendedme que ahora esté así y no sepa estar de otra manera. Autoprotección lo llaman.

Así que, con la promesa de que me portaría bien, me di media vuelta y esperé a que Bea me pasase a recoger para ir al centro de Gerona y celebrar la verbena como ella la celebra.

Y, bueno, debí elegir muerte.

Porque ahora os juro que soy como un fantasma.

La pierna de Bea está encima de mi vientre. Tiene uno de esos muslos potentes y bien torneados. Esta bomba explosiva y yo, hemos pasado la noche juntas, no en el sentido sexual de la palabra, pero sí en el alcohólico.

Dios mío, mi cabeza. Qué dolor tan diabólico. Es que nos hemos acostado vestidas y no recuerdo bien cómo llegamos a casa. Y pienso que, si salimos por el Replay de Gerona, y Bea vive allí, ¿por qué no nos quedamos a dormir en su casa en vez de venir a la mía? No entiendo nada. Y tengo lagunas. No recuerdo muchas cosas.

Necesito un Gelocatil o que me corten la cabeza, como diría Ana Bolena.

–Bea... –la sacudo un poco por el hombro—. Bea... ¿qué hora es? –digo para mí misma. Me miro el iWatch que suelo llevar con la correa de fiesta, porque es más fini-

ta y más chic, y no veo ni la hora de la migraña que tengo. Entrecierro un poco más los ojos y veo que son las dos del mediodía. Las dos—. Madre mía... que son las dos de la tarde. Bea... Abre un ojo, por favor. ¿Qué demonios pasó anoche?

Bea, además de una pierna encima de las mías, tiene la boca abierta, los brazos en cruz a cada lado de su cuerpo, el dorso de su mano en mi frente, roales negros alrededor de los ojos y el pelo pegado a un lado de la cara. Pienso que está muerta. Pero no. Abre los ojos azules lentamente, y mueve su boca pastosa hasta fijar su atención en mí.

—Eh... —atina a saludarme así. Supongo que significa «Buenos días».

—Bea —me apoyo en un codo y me sujeto el puente de la nariz—. Voy a tener que hacerme uno de esos remedios de mi abuela para la resaca.

Bea se echa a reír. Está claro que está acostumbrada a esto y que se siente más fresca que yo. Pero mucho más. Porque se incorpora, se queda sentada en el colchón y se estira como un gato gigante y perezoso.

—Qué sueñecito más rico...

—¿Es que a ti no te duele nada? Me quiero morir.

—Eres débil —se burla de mí—. Anoche parecías una salvaje de *speed* hasta las cejas, amiga.

—¿Qué? —frunzo el ceño—. No me acuerdo de nada. ¿Por qué no me acuerdo de nada? —pregunto nerviosa—. ¿Me drogaron? ¿Me drogaste? ¡Yo en mi vida he probado las drogas!

Bea vuelve a carcajearse.

—Nadie te drogó. Y lo que te ofrecieron, me lo quedé yo —bromea. O eso espero.

—Bea, te hablo en serio. Tengo lagunas.

—Bueno, son daños colaterales por ir más borracha que el cuñado de Rocky, querida. Por eso y por beberte todo lo que fuera en vaso.

—¿Cómo?

—Ada —suspira y me viene el olor a destilería desde el fondo de su garganta—. Que hubo un momento que me fui a echar perfume en el baño, y tú, cómo tenía forma de botellita, lo abriste para bebértelo. O sea, asume que es muy fuerte beberse el Chanel número cinco.

—¿Qué estás diciendo? Yo no hago esas cosas —contesté muy pálida.

Ella sonrío y arquea sus cejas negras.

—Nena, ayer noche te poseyó tu *alter ego* y todos dimos la bienvenida a Ada Maligna. Todo un descubrimiento y una leyenda en Gerona —me guiña el ojo—. Fue un escándalo.

—Bea, por favor —me cubro los ojos con las manos—. Dime que es mentira lo que me estás diciendo.

—No lo es. Mírate los antebrazos.

Se me va la sangre del rostro.

—No me digas que tengo pinchazos, te lo suplico.

—¿Pinchazos? —Repite Bea riéndose cada vez más fuerte—. ¿Qué dices, tarada? ¡No eres una yonqui! Míratelos —me agarra el antebrazo derecho y me lo zarandea.

Y cuando miro mi piel, me quedo a cuadros, sin reaccionar y sin comprender nada. Tengo dos números de teléfono en el derecho y otro en el izquierdo. Los miro fijamente. Dos tienen nombres y el otro es un adjetivo. Bacon.

—Este te lo puse yo —aclara Bea—. Tú ya no estabas para escribir nada, pero era un tío con cuerpazo pero con cara de haberle dado un aire, así que le puse Bacon para que no te olvides que de cuerpo es Bacon y de cara Kevin.

Madre mía. Qué vergüenza.

—¿Y los otros dos?

—Pues te explico. Uno de ellos dice que es el hermano de Laia.

—¿El hermano de Laia? ¿Qué Laia?

—No sé. No lo tengo claro. Yo no estaba delante cuando estabas ligando con ellos.

—¿Con ellos? ¡Bea! —le gritó—. Pero ¿qué hice?

—Nada. Solo te lo pasaste bien —me dice tranquilizándome—. Nada malo. Sí. Este Óliver, me pidió por favor que te lo recordase, que asumía que no te acordarías al día siguiente. Muy majo —sonríe melancólica.

—No entiendo nada...

—Da igual. Tienes su teléfono. Llámalo y aclaras las cosas. Y este otro, Rubén, es de la Comisaría de Gerona.

Es oír eso y se me pone todo el vello de punta. ¿Cómo que de la comisaría?

—¿Qué?

—Es que ayer, en el Replay, nos encontramos a un grupo de polis de la comisaría, entre los que estaba Abel... Abel, ya sabes —me dice al ver que no reacciono ante los nombres—, el compañero de Eric. Y estuvimos un rato con ellos. Chica, eres conocida entre los polis, eh —¿me está felicitando? Sí, lo está celebrando—. Bueno, y como eres una heroína, empezaron a invitarnos a bebidas. Primero fueron chupitos, y con la broma, empezasteis a competir, y acabaste con todos los polis y deslizándote por la barra como si fuera un tobogán. Te jaleaban y te hacían la ola, Ada. —Bea no podía dejar de reír—. Eras como una reina cosaca. Al final, Abel nos trajo a tu casa. Yo intenté abrir mi coche, y resultó que no era el mío.

Que el compañero de Eric me viera en ese estado me preocupa y me turba. Pero que, además, me viera intercambiando teléfonos, de los que no soy consciente, me incomoda todavía más. Eso sin mencionar que, seguramente, debido a nuestro mal estado, tuvo el detalle de llevarme a casa.

—Pero, si estábamos en el centro, ¿por qué no fuimos a la tuya, a tu casa?

—Yo no recordaba ni mi dirección —contesta tan tranquila—. Y se la dije muchas veces, pero, por lo visto, no se lo decía bien.

–Vamos, que no podías ni vocalizar y Abel optó por dejarnos en mi casa, que sí conocía. Creo que no quiero saber más. Esto es una tragedia –me levanto de la cama como puedo. Qué mareo. Y qué ganas de vomitar que tengo, por el amor de Dios.

Mi rostro cada vez está más estupefacto. Miro el teléfono de Rubén. No recuerdo ni cómo es.

–Bea... ¿hice algo con alguien?

–¡¿Tú?! –me señala como si dijese una barbaridad–. Yo no te vi haciendo nada. Aunque tampoco es que viera demasiado –aclara encogiendo los hombros–. Yo creo que me sentó mal algo en la cena porque no me encontraba bien –se toca la panza y se humedece los labios–. Joder, tengo la boca seca. ¿Vamos a comer algo?

Mi amiga Bea es de las que bebe cuando sale y a mucha honra. No le sentó mal la cena, le sentaría mal el Jagger del que es muy fan.

Pero es resistente y su estómago es a prueba de bombas. Ella piensa en comida y yo en vomitar y en medicarme.

–Necesito más detalles.

–¿Qué detalles quieres?

–De todos, Bea. ¿Te acuerdas de todo?

Bea sonríe y me mira con cara pícara.

–¿De la que liaste anoche?

–No me jodas.

Bea resopla y asiente con la cabeza.

–Nena, como para no acordarme. Sácame de la cama y te lo cuento todo.

2

¿Crees que después de la muerte haya una mejor vida? Depende, ¿después de la muerte de quién?

—¿**P**or qué me dejaste beber? —le reprocho a Bea. Llevo unas gafas de sol y no me las pienso quitar porque mis ojeras me delatan—. Sabes que es mejor que lo evite.

—Pues estabas divertidísima.

—Bea, no, es que eso es muy malo para mí —lamento poniendo una de mis manos en mi frente.

Tenemos el aspecto de dos chicas que se han pegado una buena fiesta, una fiesta que una buena ducha no ha logrado borrar.

Bea lleva un vestido de los míos con los zapatos de ayer noche. A ella, cualquier cosa que se ponga la hace sensual. A mí ese vestido caqui hace que parezca una colegiala.

Somos así de diferentes. Las dos bebimos. Bea está como una rosa y, en cambio, a mí parece que me haya pasado un camión por encima varias veces.

Hemos venido a la terraza del Nox. Hace un día soleado y muy caluroso. En Besalú se puede llegar a temperaturas muy altas.

Nos hemos pedido un arroz, pero yo no tengo mucha hambre. Me siento empachada de vergüenza. Porque Bea lo recuerda todo y yo nada, y porque lo que me ha contado, coloca esa noche, posiblemente, en una de las noches más locas de todas las que he vivido. Y hace más de cinco años que no vivo una así.

—Ada, empezaste la noche diciendo que necesitabas beber y olvidar y pasártelo bien porque habías dejado que Eric se volviera a su casa y estabas muy triste, muy débil y porque no dejabas de pensar en él y en que querías estar con él. Pero no podías, porque le habías dicho que querías tu espacio y, por nada del mundo debías dar un paso atrás. ¿Qué esperabas que hiciera? —se defiende con mucha dignidad—. He cuidado de ti toda la noche para que no le llamas y no cayeras en sus redes de mojabragas buenorro. Y has intentado llamarlo varias veces, hasta que te quité el móvil. Eres un peligro, muchacha.

No le digo que no. Pero Eric no es solo eso, no es solo un tío guapo y mojabragas. Es mucho más para mí. Pero ahora le tengo más miedo que nunca. Y, además, estoy dolida. Sigo estándolo, por mucho que ayer nos besáramos y yo le diera otra oportunidad. Sigo estándolo, aunque me muera cada vez que le veo. Pero siento un dolor en el pecho, y como sé que no es una angina, hasta que no se me vaya del todo, no dejaré que se me acerque demasiado. Y si lo hace, será bajo mis condiciones. Las mujeres tenemos que protegernos y marcar nuestro territorio para que no vuelvan a invadirnos mal.

—Quedamos en que te tomarías tu tiempo para ver si podías confiar en él —me recuerda Bea con sus ojos azules entrecerrados—. Y ayer casi tardaste muy poco en escribirle con una cogorza de campeonato y decirle tonterías. Yo lo evité.

—Pues te doy las gracias por eso —contesto carraspeando un poco incómoda—. Pero no debiste dejar que bebiese tanto.